

## PERFIL DEL DR ISAAC SINAY

### PROFILE OF DR. ISAAC SINAY

Nací en la ciudad de Santa Fe, donde la familia de mi madre estaba instalada desde hacía tres generaciones. Cuando tenía poco más de un año, el destino laboral de mi padre obligó a que nos trasladáramos a la Ciudad de Buenos Aires.

Poco después mi familia compró una casa ubicada en la calle Salguero, entre Bartolomé Mitre y Díaz Vélez. Fue allí, en el barrio de Almagro, donde transcurriría mi infancia hasta que ingresé a la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires.

La primaria la cursé en la escuela José María Ramos Mejía, ubicada en la esquina de las calles Treinta y Tres Orientales y Don Bosco. De esos años guardo recuerdos imborrables, como el de mis maestros que aún hoy evoco con admiración y cariño. La secundaria la realicé en el Colegio Mariano Moreno, con profesores que tuvieron una profunda influencia sobre mi vida ulterior.

Durante esa etapa de mi formación educativa, mi madre tuvo una intensa presencia y también mi padre que, pese a ser oficial de la Armada Argentina (de la que se retiraría en el año de 1964 con el grado de Capitán de Fragata), ya tenía destino en tierra. Esta circunstancia me permitió tener un contacto más cercano que el que habían tenido mis dos hermanas mayores durante su niñez. Ellas eran doce y nueve años mayores que yo, por lo que también fueron figuras imborrables que colaboraron en ese período de crecimiento y maduración.

La ubicación de mi hogar en el barrio de Almagro fue un factor importante en mis ulteriores creencias y convicciones. En esa cuadra había unas pocas casas de clase media

y varios conventillos o inquilinatos. Mis amigos tenían entonces una enorme diversidad de pertenencias sociales, económicas, culturales y étnicas. Esta coyuntura, junto con mi educación en la escuela pública y una familia generosamente receptiva, acrisolaron en mi "micromundo" cómo era -y cómo aspiro que siga siendo- la República Argentina. El barrio también influyó en cuestiones más mundanas, como el fanatismo por San Lorenzo de Almagro que aún conservo.

Mi adolescencia fue algo particular. En sólo tres años cursé los cinco de la escuela media, pese a la oposición de mis padres que creo que fue razonable pues seguramente me hizo perder parte del espacio necesario para metabolizar las experiencias de esa etapa tan importante. Era un alumno con excelente rendimiento, pero con una conducta que merecía frecuentes amonestaciones. De nuevo sin el acuerdo familiar, quizás no tan razonable esta vez, trabajaba de manera irregular ayudando a fotógrafos ambulantes que en aquellas épocas -con altos niveles de seguridad pública- sacaban fotografías a los niños. Seguramente, aún hoy, en algunos de vuestros hogares paternos se conserven algunos de esos cuadros con cinco o seis imágenes. Esta experiencia colaboró para que conociera la calle, los distintos barrios y los personajes muy particulares que poblaban nuestra ciudad.

Ingresé a la Facultad con 16 años recién cumplidos, en el borrascoso año de 1955. Multitudinaria procesión opositora del *Corpus Christi*, bombardeo por la Aviación Naval en Plaza de Mayo, caída del Presidente Perón. Clima de efervescencia con cambios de

profesores y asambleas estudiantiles matizaron las cursadas y exámenes de Anatomía, Histología y Embriología de ese año. Mi tercer año de Medicina se vio interrumpido por una neumopatía tuberculosa y, cuando retomé al año siguiente, tuve la suerte de tener como ayudante de Semiología -en la Cátedra cuyo Profesor Titular era Osvaldo Fustinoni- a un clínico brillante, con una personalidad discutida pero creativa: el para mí inolvidable Jorge Emilio Burucúa, que tanto me enseñó de Clínica Médica.

En ese momento paralelamente comencé otra actividad que fue de gran impacto en mi vida: una activa participación en la política universitaria, sin pertenencia a ninguna agrupación de la política nacional, impregnada por mi fervor por la Reforma Universitaria que había tenido sus orígenes en la Universidad Nacional de Córdoba muchos decenios atrás y que siempre había sostenido la necesidad de una Universidad Pública inclusiva y adecuada a las necesidades de formación de los recursos humanos que requiriera nuestro país. Fui derrotado como candidato a Presidente del Centro de Estudiantes de Medicina por 14 votos sobre más de mil votantes por un amigo que pertenecía a la Juventud Política de un partido que en ese momento tenía bastante influencia entre los estudiantes. Fue entonces cuando la Asamblea de Consejeros Estudiantiles de la Universidad de Buenos Aires me designó como Consejero Superior Universitario por el Claustro Estudiantil, cargo que desempeñé por dos períodos. Fue una oportunidad única: con aproximadamente 20 años -y siendo el más joven de los representantes estudiantiles- me enriquecí con las discusiones, coincidencias y oposiciones de figuras relevantes como las del Rector de la Universidad, Risieri Frondizi; el Decano de mi propia Facultad, Luis Munist; el Decano de Ingeniería, Manuel Sadosky; el de Filosofía y Letras, José María Monner Sans; el de Ciencias Exactas, Rolando García; e inteligentísimos Consejeros Estudiantiles como Carlos Barbe y Alberto Ciria, ambos de Abogacía, y Juan Carlos "Lito" Ma-

rín, de Sociología. Tampoco me olvido de las frecuentes visitas al Consejo Superior del que luego fuera Rector del Colegio Nacional de Buenos Aires durante 23 años, Horacio Sanguinetti. Tuve entonces acceso a una fortuna que aún hoy sigo aprovechando.

Durante quinto y sexto año de la carrera fui practicante de la Guardia del denominado en ese momento Policlínico de Ezeiza, donde creo que aprendí muchísimo.

Egresé a comienzos de 1962 con un buen promedio y habiendo sido reprobado en una sola materia: Radiología. Fracasé ante una radiografía de cráneo centrada en el oído. La reparación fue recibirme con esa misma materia.

Concurrí seis meses al Sector de Esterilidad de la Cátedra de Ginecología del Hospital de Clínicas, donde además de aprender maniobras de imágenes ováricas y tubarias -que hoy pertenecen a la historia de la Medicina- tuve mis primeros contactos con la Endocrinología Ginecológica que allí se manejaba, que era en realidad lo que más me entusiasmaba. Y se dio entonces un encuentro callejero fortuito con alguien que me había impresionado mucho como ayudante en mi cursada de Nutrición en el Instituto de Patología de Enfermedades Digestivas y de la Nutrición en el Pabellón Olivera: Jorge Braguinsky. Cuando le conté de mi interés por la Endocrinología, me propuso que tuviera una entrevista con quien dirigía esa sección en el Pabellón Olivera: Bernardo Nusimovich.

La tuve y fui aceptado por quien se convertiría en mi maestro, pues no sólo me enseñó la especialidad, sino que de él aprendí también la generosidad que lo caracterizaba para entregar conocimientos a todo aquel que se acercaba para recibirlos. Allí conocí a mis primeros compañeros, por sólo mencionar algunos: Susana Leiderman, César Foster y Martha de Sereday; más tarde se agregaría Víctor Sporn. A todos ellos les debo mi profundo agradecimiento. En esos años completé, como parte de mi formación de postgrado, el Curso de Especialista en Medicina Nuclear y el de Especialista en Nutrición.

Luego de unos años, pasamos a actuar en el entonces llamado Policlínico de Avellaneda y por fin, en agosto del triste año 1976, fuimos generosamente recibidos por el entonces Hospital Francés. El grupo estaba conformado por nuestro Jefe Bernardo Nusimovich, Susana Leiderman, Alfredo Pierini, Sergio Damilano y Jaime Moguelevsky. Contagiados por las características de Nusimovich, hacia fines de 1980 se nos habían agregado numerosos colaboradores que no mencionaré, pues hoy son todos excelentes endocrinólogos y siempre existe el riesgo de las omisiones. Nuestro jefe murió tempranamente en 1981 y me tocó asumir muy joven la Jefatura del Servicio en 1982, que mantuve hasta 2006. Ese año pasé a coordinar la Unidad de Diabetes del Instituto Cardiovascular de Buenos Aires, de la cual actualmente soy asesor.

Paralelamente a la actividad profesional mencionada, trabajé intensamente en la Sociedad Argentina de Diabetes, en la Sociedad Argentina de Endocrinología y Metabolismo, en la Federación Argentina de Sociedades de Endocrinología, en la Federación Panamericana de Endocrinología y en la Federación Internacional de Diabetes, entre otras. En ellas tuve diversas actividades institucionales

y científicas relacionadas con mis principales intereses: insulinoresistencia, respuesta inadecuada a antihiper glucémicos, impacto micro y macrovascular de la diabetes mellitus tipo 2 o evaluación clínica de nuevos medicamentos para el tratamiento de la diabetes.

Pero siempre en todos esos lugares mi preocupación profunda fue facilitar, mejorar el entrenamiento y el reentrenamiento de médicos y otros integrantes del equipo de salud en las áreas de mi especialidad. Además de contar siempre con la colaboración absoluta y comprometida en la misma ideología por quienes fueron y son mis colaboradores, debo mencionar a quienes -codo a codo- tanto me enseñaron: Juan José Gagliardino, Rodolfo Hernández y mis compañeros en esa preocupación, Jorge Alvariñas y Martha de Sereday.

Sería muy presuntuoso decir que tengo muchos discípulos, pero estoy seguro que hay mucha gente a la que traté de ayudar en su formación. Y esto tiene para mí mayor impacto que mis trabajos y publicaciones.

Mis tres hijos y mis cinco nietos y aquellos a los que intenté transmitir mi experiencia son lo más trascendente de mi historia personal.

Agradezco a la Revista de la Sociedad Argentina de Diabetes que me permitió expresarlo.